



XXIV.

OCEANÍA.

1609-1616.

Don Juan de Silva, gobernador de Filipinas.—Bloquean los holandeses á Manila.—Se improvisa escuadra contra ellos.—Batalla de Playa-Honda.—Maravillosa victoria de los españoles.—Resentimiento de los vencidos.—Sus intrigas en Japón.—Promueven la persecución del cristianismo.—Guerra en las Molucas.—Declaran la inobservación de la tregua convenida en El Haya.—Actividad de Silva.—Organiza gran armada.—Muere en Malaca.—Conducta de los portugueses.



DESDE que se dió por fenecida la reconquista de las Molucas, apenas se ocupaban en Filipinas de otra cosa que conservarla, enviando allá los recursos llegados de Nueva España, consistentes en hombres y dinero. Naves no había más que las de apostadero construídas en el país, buenas para tener á raya á las caracoas ó pancos de los mindanaos y joloanos, mas no para medirse con las escuadras de holandeses que señoreaban el mar y ejercían sobre los sultanes de las islas oceánicas influencia creciente. El gobernador Juan de Esquivel hizo buenamente cuanto pudiera esperarse, lo mismo que su sucesor; vióse en tiempo de éste el caso de tomar por sorpresa á una galera enemiga, atacar con ella á una nave de 500 toneladas y 18 cañones y rendirla de seguida; acciones de españoles como tantas de la guerra de Flandes, pero acciones aisladas que poco pesaban en el resultado de las campañas. Los ho-



landeses, aunque lentamente, teniendo siempre ocho, 12, 20 navios de guerra en las Molucas, aparte de los destinados á Malaca, iban ocupando otra vez algunos puertos, sirviéndoles de base el de Amboína.

En 1609 llegó á tomar el mando de Manila D. Juan de Silva, gran soldado, que dió mejor aspecto á los asuntos aplicando activamente á la ofensiva cinco compañías de infantería que le acompañaron de Nueva España. Justamente iba hacia allá otra escuadra de 14 navios holandeses despachados por la Compañía de las Indias con el almirante Verhoeven ¹, teniendo por instrucción lanzar de una vez á los españoles de las Molucas, porque se gastaba mucho en la guerra prolongada hasta entonces y los accionistas deseaban beneficios.

Verhoeven tuvo la suerte de apresar un galeón portugués sobre Mozambique; incendió otro cerca de Goa, y en Febrero de 1609 ancoró sin accidente en Bautam de Java, con intención de castigar á los naturales, que, lo mismo que los de Banda, habían vuelto la espalda á su bandera. Hubo encuentros cuyo resultado no podía ser dudoso; los bátavos construyeron fuertes provisionales, inaugurando el señorío colonial, aunque perdieron al Almirante en una de las escaramuzas ó asesinado traidoramente, que ambas especies corren.

Francisco Wittert ², sucesor en el gobierno de la armada, se concertó con el sultán de Malabar y con los de algunas otras islas, consiguiendo su auxilio en la campaña contra los españoles de Terrenate y Tidore, en que hizo bastante daño; mas no encontró que arrojarlos de las islas fuera cosa tan llana como se figuraban los directores de la Compañía, y urgiéndole el precepto de procurar dividendos á los accionistas, como se informara bien del estado indefenso en que estaban las Filipinas, escogió los cuatro navios más fuertes, un patache y lanchas de desembarco con objeto de tentar un golpe de mano, dirigiéndose desde luego á Ilo-Ilo, en la isla

¹ En relaciones se le nombra Pedro Wilhelme.

² Henrique en relaciones españolas.







de Panay, por su puerto y astillero, de donde salían los socorros para las Molucas. A la sazón preparaba, en efecto, viaje á Terrenate el capitán D. Fernando de Ayala, que le hizo caluroso recibimiento y no insistió en el ataque; no iba á eso; continuó la derrota á Manila.

Mejor que yo pudiera hacerlo, pinta el estado en que la plaza se hallaba el mencionado gobernador y capitán general de las islas, D. Juan de Silva, escribiendo á la metrópoli.

«Hallábame, decia, imposibilitado de todo; sin navíos, sin artillería, sin municiones de guerra, sin bastimentos y sin un real con que remediar tantas faltas..... Sabe la Magestad de Dios la aflicción con que estaba, viéndome tan cerca de que se perdiesen estas provincias que mi Rey me había entregado para que se las defendiese.....»

Acudiendo, como siempre, en semejantes ocasiones, á la buena voluntad de los vecinos, proveyó que se hiciera trinchera de cestones en Cavite, resguardando los bastimentos y ropas preparadas para enviar á Terrenate; montáronse algunas piezas, se alistaron 300 soldados, todo tan á tiempo, que al entrar en la bahía el enemigo, el 11 de Noviembre de 1609, apareció á la vista un simulacro de plaza fuerte, bastante á detenerle fondeado fuera del tiro de cañón. Estuvo nueve días reconociendo las inmediaciones sin determinarse al ataque, satisfaciéndose con la seguridad de no haber en el puerto ni bajeles de guerra que recelar, ni marchantes que valieran la pena de arriesgar la captura, procediendo, en consecuencia, al plan que se había trazado, fácil de adivinar aunque no lo descubrieran algunos desertores de su escuadra.

Los cristianos nuevos, ó sea judíos españoles y portugueses, establecidos en Holanda, contribuyentes al armamento de la expedición, tenían informado que entraban anualmente en Manila de 40 á 50 champanes chinos, llevando gran suma de rica sedería, y que, no admitiendo en aquel Imperio embarcación ni trato de europeos, era de procurar la presa de aquéllos, llevar el cargamento al Japón, ofrecer á su gente armada y artillería en caso que quisiese conquistar las Filipinas y dejar aseguradas con ellos las relaciones mercantiles;



esto sin perjuicio de interceptar las naos de Nueva España y de Macao, portadoras de la consignación de las islas y remesas de particulares.

Fuese con ese propósito Witter á fondear en Playa-Honda ó Puerto del Fraile, á 20 leguas de Manila, en la boca de su bahía, dejando á la vela el patache, que iba acometiendo á cuantas naves recalaban, y proporcionando á las tripulaciones regalada vida con las provisiones, vinos y frutas que cada día cogía.

Don Juan de Silva discurrió remedio por donde á nadie le ocurriera, «hacer armada, como en la ocasión de Van Noort, y salir á pelear con el enemigo, poniendo en las manos de Dios la fortuna de una batalla», para lo cual había de empezar por construir las naves y fundir la artillería, operación la última que, ensayada anteriormente en las islas, nunca había producido resultado. En aquellos tiempos no era en verdad tan prolija la fabricación de naos ni cañones; con todo, tanto es de admirar la idea del armamento como la de que el enemigo lo esperase, y más todavía que á los cálculos respondiera el éxito apetecido.

Había por entonces astillero particular en la isla de Marinduque, donde se empezaba una embarcación de comercio; el Gobernador ordenó que se aumentaran las dimensiones y fortaleza, que á la vez se aderezara otra desechada y en desguace por vieja, lo mismo que un patache, y que se empezaran dos galeras de á 20 bancos, procediendo simultáneamente á montar la fundición. Concluida una de las galeras y enviándola á Cavite á recoger jarcia, se alzaron los chinos que bogaban, asesinando al capitán Cardoso y á los pocos soldados de guarnición, haciendo después rumbo á su tierra, contrariedad grande que obligó á recomenzar la obra.

A los dos meses entró en la bahía de Manila uno de los navíos del bloqueo á reconocer si por allí se hacía diligencia, hallándolo todo en la misma situación que la vez primera: como que no era aquél el lugar de los aprestos. Volvió asegurado del reconocimiento á Playa-Honda, en continuación del asedio, haciendo muchas presas de champanes chinos,



por uno de los cuales supo que el galeón portugués que venía de Macao ¹ había naufragado al Norte de las islas, ahogándose como 120 personas, los más esclavos, y unos cuatro ó seis españoles, con pérdida de riquísima carga. A Manila llegó parte de los naufragos en embarcación improvisada con tablas del navío, quedando otra parte en una isla des poblada aguardando socorro, y se envió con la buena suerte de que no cayera en manos de los enemigos.

Ya por este tiempo había pasado de Marinduque á Cavite la nao nueva, bautizada con el nombre de *San Juan Bautista*; se armó con 26 cañones, eligiéndola por capitana; la otra carenada, que había de ser almiranta, y se llamaba *Espíritu Santo*, montó 22 piezas; en el patache *Santiaguillo* se pusieron cinco, y así en otras tres embarcaciones pequeñas del puerto, quedando formada la escuadra, que en persona quiso regir el Gobernador, llevando por almirante á su sobrino D. Francisco de Silva. Dejémosle referir lo ocurrido:

«Yo me hice á la vela á 21 de Abril con dos naos de á 600 toneladas de porte, cuatro pataches, dos galeras de á 20 bancos, y en todos estos navíos 600 españoles y 150 soldados naturales (indios), 70 piezas de artillería, la mayor parte menuda, las 12 de ellas pedreros; había muy pocos marineros y menos artilleros, y para suplir parte de esta falta hice embarcar por fuerza á los escuderos que acompañaban á las mujeres desta ciudad, como también había hecho quitar á los vecinos las rejas de sus ventanas para pernería y clavazón para los navíos y galeras. Procuré medir el tiempo para llegar al romper el alba sobre el enemigo, como sucedió, sábado á los 24 de Abril, que estaba bien descuidado, porque yo había prevenido con grandes diligencias para que no tuviese lengua dello. Iban nuestras ocho velas tendidas en ala llevando los dos cuernos la capitana y almiranta, y con cada una de ellas una galera, y en medio los cuatro patajes. Hallamos los tres navíos enemigos y su pataje á la vela y la ca-

¹ *Macán* en las relaciones.



pitana surta con las lanchas, la cual, en descubriendo nuestra armada largó los cables, y dando la vela, procuró salir á juntarse con sus naos. No lo pudo hacer, porque yo le abordé. Procuraron su almiranta y otra nao venirla á socorrer, mas D. Fernando de Silva, que era almirante, aborbó á la enemiga con mucho valor. A otra nao enemiga, llamada *El león de oro*, abordaron los dos patajes, de que eran cabos los capitanes Rodrigo de Guillistegui y Juan Tello de Aguirre. La otra nao del enemigo y el patache se hallaron más desviados, y por haber calmado el viento no pudieron llegar á pelear. Duró la batalla seis horas; fué muy reñido y dificultoso el rendir las naos del enemigo, porque aunque se les entró, por ser la primera cubierta de la plaza de armas y castillos de muy fuertes jaretas de madera y tenèr en los castillos de proa y popa unos traveses cerrados hechos de dos costados de tablones y en medio terraplenados de pedazos de cables, aravesados, para jugar su mosquetería y pedreros; pues en estos traveses, y debajo de la jareta se metió su gente, y desde allí, con la mosquetería y pedreros batían la plaza de armas, y desde abajo de la jareta mataban cuantos entraban. En ocasiones apretadas me he visto en Flandes y en Francia, mas ninguna más que ésta. Al fin, aunque nos costó alguna gente fué Dios servido que rindiésemos la capitana y almiranta y la que abordaron los patajes se quemó. La otra nao y el patache enemigo se salvaron huyendo. Murieron de nuestra parte 30 personas de mar y 70 soldados, entre ellos el sargento mayor Jerónimo de Vera y el capitán Toribio de Miranda, y un alférez vivo y seis reformados. Hubo cantidad de heridos. Del enemigo murió la más de la gente, y entre ellos el General y Almirante: tomáronse vivos 134 holandeses; libráronse algunos prisioneros nuestros que estaban en su poder; fué muy rico el despojo, así de sedas como de dineros, y algunas joyas: lo que se pudo defender se repartió con cuenta y razón. Para prueba de cuán reñida fué esta batalla, diré que en la capitana del enemigo, sólo la artillería mató 60 personas. Ganáronse 70 piezas, muchas municiones y bastimentos, grandísima cantidad de jarcia y hierro, clavazón, y



otros géneros de que estaban bien faltos los reales almacenes, de valor de más de 100.000 ducados. Ha importado grandemente esta victoria, que Dios, por su misericordia, nos hizo merced, para reprimir estas naciones bárbaras, con quien teníamos perdido el crédito: todos han quedado admirados.»

Hasta aquí D. Juan de Silva, modesto y ejemplar en la narración del triunfo grande, portentoso, que alcanzó con la habilidad más que con la fuerza. Sólo las dos naos capturadas, capitana y almiranta holandesa, tenían tanta artillería y de mayor calibre que la armadilla española. En lo que ésta aventajaba era en brazos; mas sin la precaución de atacar por sorpresa, haciendo inevitable el favorito modo de combatir de nuestra gente, el abordaje, fácil es presumir de lo que hubieran servido los *escuderos de mujeres, embarcados á la fuerza*, midiéndose en maniobra y cañoneo lejano con marineros y artilleros holandeses. Entre las más cumplidas y gloriosas victorias navales ha de contarse, pues, la del insigne gobernador de Filipinas, que ya por la fábrica y armamento en término de cuatro meses, fuera de admirar.

La nao enemiga incendiada se remolcó á la playa y se pudo recoger la artillería y clavazón, de que había gran necesidad en las islas ¹.

La victoria causó honda impresión entre los sultanes y reyezuelos de las islas, á los que habían hecho creer los holandeses que sus navíos eran invencibles, y tuvo segunda parte en la expedición enviada sin pérdida de tiempo á Mindanao con el capitán Juan de la Vega ². Impresionó igualmente en

¹ Fray Gaspar de San Agustín relató el combate en su *Historia de Filipinas*, de conformidad con el despacho de D. Juan de Silva, del cual hay copia en la *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 5. Hay también resumen en la Academia de la Historia, *Registro del Consejo de Indias*, de León Pinelo, fol. 304, con nota de haber valido la presa hecha á los holandeses 100.000 pesos, sin contar lo que saqueó la gente, cantidad que se distribuyó, á excepción de los 20.000 pesos del quinto real, de que S. M. hizo merced á D. Juan de Silva. En Sevilla se imprimió noticia suelta.

Los escritores holandeses refieren el suceso con alguna variedad é inexactitud, que ha puesto de manifiesto el profesor Fernando Blumentritt en su narración alemana imparcial. El valor de la presa sube á 500.000 pesos.

² *Historia de las islas de Mindanao, Joló y sus adyacentes*, por el P. Francisco Combes, de la Compañía de Jesús. Madrid, 1667, folio.



el Japón, donde los factores habían ofrecido por adelantado la presencia de la escuadra conduciendo la sedería robada á los barcos chinos en la bahía de Manila, y hubieron de redoblar las intrigas, sacando partido de la arrogancia de Sebastián Vizcaíno, que, en su Embajada por entonces, llegaba hasta los palacios de Yedo y de Nangasaki arbolando el estandarte real, sonando cajas y pífanos, disparando mosquetes por las calles con disgusto de Cubo Sama.

Cuenta con naturalidad un neerlandés que también estuvo por allá en embajada ¹, cómo sus compatriotas disfrutaban ya de la libertad de comercio con factoría establecida en Tirando. Los castellanos y portugueses los ponían en mal lugar, tildándolos de rebeldes á su Rey, de piratas y de cuanto malo les ocurría decir de ellos; lógico era que procuraran por su crédito y tomaran venganza como pudieran de las calumnias y de las humillaciones. Inventaron, pues, una conspiración encaminada á despojar al Emperador del trono y de la vida, presentando tan claras pruebas de la complicidad del rey de España, del Papa y de algunos príncipes japoneses bautizados, que exaltaron á Cubo Sama, decidiéndole á la horrible persecución y exterminio de los cristianos, ordenada más tarde ².

En las Molucas cambiaron despachos el nuevo Gobernador, D. Jerónimo de Silva, y el Almirante holandés, tratando el primero de aclarar la disposición del otro, relativamente á la observancia y respeto de la tregua convenida entre ambas naciones. Las contestaciones eran ambiguas, porque el Almirante interpretaba lo estipulado creyéndose en libertad para tratar con los sultanes de las islas, y que por parte de España no se había de considerar rebeldes á los que faltaran á los juramentos y pleitesías de vasallaje. Al fin, estrechado el dicho Almirante, declaró no tener orden de suspender las hostilidades, y siguieron éstas, cayendo prisionero el holandés

¹ *The History of Japan by Engelbertus Kaempfer, Physician to the Dutch Embassy to the Emperor's court. Translated from his original manuscript. London, 1728, folio.*

² Se refiere extensamente en todas las fases en relación compuesta por el P. Luis Piñeyro, de la Compañía de Jesús. Año 1617.



Caerden, portador de papeles en que daba cuenta á su Gobierno con exageración del mal estado de las plazas que ocupaba y del sesgo de las operaciones ¹.

No se descuidó D. Luis de Silva: después de aplicar el botín de la batalla en Playa-Honda á la construcción de tres galeones de á 800 toneladas, formó escuadra de seis y dos galeras, con la que consiguió ventajas en Gilolo, causando 300 bajas al enemigo. No obstante, y aunque llegaron desde Cádiz, por el cabo de Buena Esperanza, cinco carabelas, conducidas por el general Ruy González Sequeira y el almirante Fernando Muñoz de Aramburu, con el importante refuerzo de 350 infantes y 240 marineros, quedó siempre inferior á la potencia naval de los holandeses, que incesantemente enviaban naves y se extendían, construyendo y artillando fuertes, á que no era posible acometer sin asedio formal por mar y tierra, al mismo tiempo que se apoderaban de aquellos insignificantes, cual los de Marieco y Motiel, guarnecidos con un alferez y 12 soldados españoles. La actividad incansable de Silva tropezaba á cada paso con la falta de recursos ó con impensados incidentes, y tal fué una sublevación de los indios obligados al corte y arrastre de maderas de construcción, con que se proponía aumentar la escuadra filipina.

Faltó caricia de la suerte al impropio trabajo con que consiguió poner á la vela, en la bahía de Manila, armada de 10 naves, cuatro galeras, un patache, fabricados á su vista, la capitana *Salvadora*, de 46 cañones; es decir, de los mayores bajeles de la época; la almiranta *San Marcos*, de 32; embarcados 5.000 hombres, los 2.000 españoles, viveres abundantes, pertrechos y municiones suficientes al objeto loable de buscar á la escuadra enemiga, por entonces estacionada en Malaca al acecho de las naves portuguesas de Macao, destruirla, caer sobre las Molucas, asegurar la dominación ².

¹ *Correspondencia de D. Jerónimo de Silva, gobernador de las Molucas, de 1612 á 1616.* Ocupa el tomo LII de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España.*

² Murillo Velarde, *Historia de la provincia de Filipinas*, de la Compañía de Jesús. Segunda parte. Manila, 1749.



El hombre propone.....

A 5 de Enero de 1616 navegaba, gobernando su persona esta flota; á 19 de Abril se celebraban sus funerales en Malaca, cortada la existencia por calentura maligna. El Teniente general, D. Alonso Enríquez, volvió con el cadáver á Cavite, contentándose con destacar algunas embarcaciones á Terrenate.

No debo hacer caso omiso de las declaraciones graves de un escritor repetidamente citado ¹, aunque no acepte la responsabilidad de lo que noticia relativamente á esta expedición.

Antes de ponerse en marcha había tratado Silva de asegurar la cooperación de los portugueses, para lo cual escribió al virrey de Goa, exponiendo que sólo á los esfuerzos comunes sería dado arrojar de la India al enemigo; proponía, por tanto, que aprontara la armada para que, unida á la de Manila, asistiera á la batalla decisiva. El Virrey aceptó las proposiciones y envió á Malaca una escuadra de cuatro grandes naos, armadas con 90 cañones y tripuladas por 400 infantes portugueses sobre la gente de mar. Habiendo salido el 2 de Mayo de 1615, no tardaron menos de ciento dos días en llegar á Sumatra, desde donde pasaron á Singapoore. Allí se negaron los marineros á seguir, disolviéndose la escuadra, que pereció en encuentros desastrosos con los holandeses.

«Tengo por seguro, dice el autor, que la sublevación de los marineros fué fingida, y que la ruin envidia de los portugueses no les permitió ayudar á los castellanos en sus apuros. La escuadra se armó para poder justificarse ante la Corte de Madrid, pero al mismo tiempo se dieron en secreto órdenes al Comandante de no unirse á los españoles; quizá los portugueses recordaron en esta ocasión la conducta de Acuña, que hizo de las Molucas portuguesas una posesión española, y no se sintieron dispuestos á prestar su cooperación á transacciones parecidas, prefiriendo ceder sus posesiones á los holandeses que verlas llegar á manos de los castellanos.

¹ El profesor Fernando Blumentritt, *Ataques de los holandeses á Filipinas*.



»Silva recibió por un jesuíta la noticia de que la flota portuguesa había salido de Goa, y con su admirable talento organizador y energía incansable logró disponer pronto 16 navíos grandes y muchas embarcaciones pequeñas. La almiranta, según se dice, era de unas 2.000 toneladas, y siete de las demás embarcaciones, con las cuales se hizo á la vela en Cavite el 4 de Febrero de 1616, de 600 á 1.600 toneladas cada una. Esta escuadra, en que se contaban 42 embarcaciones, estaba armada con 300 cañones de bronce y tripulada por 2.000 españoles y 3.000 indios y japoneses, formando estos últimos un regimiento aparte. Como Silva no tuviera el menor indicio de la aproximación de la armada portuguesa, temió que pudiera haber sido molestada en su marcha por los holandeses, de los cuales sabía que tenían una escuadra en aquellas aguas. Por lo tanto se dirigió con su imponente armada á Malaca para socorrer á los portugueses traidores, en vez de echarse sobre las Molucas, donde le hubiera aguardado una victoria segura..... Don Alonso Enríquez volvió á Manila convencido de que no podía contar con la cooperación de los portugueses. La magnífica escuadra llegó á Manila el 1.º de Junio de 1616 en un estado deplorable, pues no solamente se había declarado una epidemia en la tripulación, sino que también se habían destrozado varias embarcaciones en aquellas aguas sembradas de arrecifes.»

